

Después de pasar un par de días en Dakar con mi madre, por fin llegó el día en el que Pablo nos recogería para ir a Toucar. Tras varias horas de viaje llegamos a la casa. Pero, al ser de noche no pude conocer a nadie y estaba muy expectante. Ya al día siguiente tuve la oportunidad de conocer a la familia (o por lo menos a parte de ella ya que las familias allí son enormes).

Cuando fui a visitar el pueblo conocí a Mateo, un voluntario que llevaba allí unas cinco semanas y que fue un gran apoyo al principio ya que me explicó muchas cosas acerca del lugar, la gente y sus tradiciones.

Mi proyecto estaba orientado a colaborar en las clases de la escuela primaria. Ahí pude darme cuenta de que, como dicen allí, “el tiempo está muerto”. Los niños podían o no ir a la escuela, si faltaba el profesor no había clase y los horarios nunca se cumplían. Por otra parte, los niños tienen mucho respeto a la figura del profesor, cosa que en España es cada vez menos común.

Realmente, el proyecto era lo de menos. Donde realmente aprendí y disfruté fue en la calle. Adaptarse a su estilo de vida, jugar partidos de baloncesto, convivir con los niños... Se podría decir que allí aprendí a disfrutar de no hacer nada. No me malinterpretéis, sí que hacía cosas pero eso no tenía importancia. Lo verdaderamente importante es ese sentimiento de apoyo y comunidad y el disfrutar de pasar tiempo con la familia. Ese tipo de cosas, por desgracia, ya no existen en Europa.

Además, no puedo acabar esta memoria sin hacer mención a esas decenas de “maridos” que tengo allí. Cada día un par de chicos te piden matrimonio o te hacen cumplidos. Sin embargo, no te sientes incómoda sino todo lo contrario, son muy respetuosos y te acabas divirtiendo mucho.

También quiero destacar que yo siempre había dicho que no me gustaban los niños pero, durante mi estancia en Toucar, cuidé más niños que en toda mi vida. Allí pude sentir una conexión especial con niños con los que ni siquiera podía hablar porque aún no sabían francés. Esa sensación es algo que nunca olvidaré.

Podría mencionar mil cosas más como las noches en el bar de Rober o mi agotador viaje desde Toucar a Mbour en moto (que por cierto fui la primera voluntaria en hacerlo). Si me pusiera a nombrar a cada una de las increíbles personas que he conocido, no acabaría nunca. Es por esto que terminaré diciendo: ¡hasta la próxima!